

Fredric Jameson

LOS ESTUDIOS
CULTURALES



Los Estudios Culturales - Fredric Jameson Fredric, Jameson
Los estudios culturales / Jameson Fredric. - 1a. ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2016. 112
p. ; 20 x 13 cm. - (Exhumaciones)

Fredric, Jameson Los estudios culturales / Jameson Fredric.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Ar-
gentina, 2016. Libro digital, EPUB - (Exhumaciones) Archivo
Digital: descarga y online Traducción de: Matías Battistón.
ISBN 978-987-3847-99-8 1. Filosofía. 2. Beca de Investiga-
ción. 3. Teoría Crítica. I. Battistón, Matías, trad. II. Título.
CDD 301.01

Publicado con el permiso de los titulares de los derechos
de traducción,
Duke University Press. www.dukeupress.edu

Ilustración de Fredric Jameson
Juan Pablo Martínez
www.martinezilustracion.com.ar
arte.pablomartinez@gmail.com

Ediciones Godot ©
Colección Exhumaciones
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2016
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color EFE, Paso 192,
Capital Federal, República Argentina,
en Abril de 2016

Sobre los “Estudios Culturales”

Tal vez la mejor manera de abordar ese deseo llamado “Estudios Culturales” sea política y socialmente, como proyecto para constituir un “bloque histórico”, en lugar de teóricamente, como plataforma para una nueva disciplina. Por supuesto, dicho proyecto implicaría una política académica: la política que tiene lugar dentro de la universidad y, más allá, en la vida intelectual en general o en el espacio donde circulan los intelectuales. Sin embargo, ahora que la derecha ha comenzado a desarrollar su propia política cultural con el fin de reconquistar las instituciones académicas y, en particular, las universidades y las bases mismas de esas instituciones, no parece muy sensato seguir concibiendo la política de la Academia y de los intelectuales como una cuestión exclusivamente “académica”. En cualquier caso, la derecha parece haber entendido que el proyecto y el eslogan de los Estudios Culturales (cualesquiera que fueran) representan un objetivo crucial en su campaña, y que en la práctica estos estudios funcionan como un sinónimo de “lo políticamente correcto” (noción que, en este contexto, puede identificarse como la política cultural de los distintos “movimientos sociales nuevos”: el antirracismo, el antisexismo, la antihomofobia, etc.).

No obstante, si esto es así, y si los Estudios Culturales realmente deben considerarse la manifestación de una alianza proyectada entre varios grupos sociales, quizá formular estos estudios de manera rigurosa como un empen-

dimiento intelectual o pedagógico no sea tan importante como parecen suponer algunos de sus adherentes, cada vez que estos amenazan con reflotar las viejas disputas sectarias de la izquierda en su afán por decidir cómo debería plasmarse verbalmente la línea partidaria de dichos estudios. La línea partidaria no es lo que importa, sino la posibilidad de establecer alianzas sociales, algo que el eslogan general de los Estudios Culturales parecería reflejar. Se trata de un síntoma, más que de una teoría, y por eso lo más conveniente sería realizar un análisis basado en los estudios culturales de los "Estudios Culturales" en sí. Eso también significa que lo que necesitamos (y efectivamente obtenemos) del libro *Cultural Studies*¹, la reciente recopilación editada por Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler, es apenas cierta amplitud y representatividad general (dos cosas que sus cuarenta colaboradores parecen garantizar de antemano), no que sea imposible tratar el tema de otro modo o mostrarlo bajo una luz radicalmente distinta. Tampoco quiero decir que las ausencias o lagunas en esta recopilación -que, en resumidas cuentas, reedita las ponencias leídas en un congreso de Estudios Culturales en Urbana-Champaign, en el segundo trimestre de 1990- no sean significativas y dignas de comentario. Pero si las comentara, estaría haciendo un diagnóstico de este evento en particular y de la "idea" que postula de los Estudios Culturales, en vez de proponer alguna alternativa más adecuada (congreso, "idea", programa o "línea partidaria). De hecho, probablemente yo debería poner las cartas sobre la mesa cuanto antes y aclarar que, por vital (y, en efecto, por teóricamente interesante) que me parezca conversar y debatir sobre los Estudios Culturales hoy en día, no me importa demasiado cuál será la forma que el programa termine

adoptando, ni siquiera si llega a instituirse como disciplina académica oficial en absoluto. Eso se debe sin duda a que, desde el vamos, no tengo mucha fe en la reforma de los programas académicos; pero también a mi sospecha de que, una vez que el debate indicado haya tenido lugar públicamente, los Estudios Culturales ya habrán cumplido su propósito de cualquier manera, más allá de la estructura departamental dentro de la cual se haya llevado a cabo dicho debate. (Y con esto me refiero específicamente a la que me parece la cuestión práctica más crucial de todo este asunto: proteger a los jóvenes que en la actualidad escriben artículos dentro de esta nueva "área" y permitirles acceder a cargos docentes).

Supongo que también debería señalar, en contra de las definiciones (a Adorno le gustaba recordarnos el desprecio de Nietzsche por todo intento de *definir* los fenómenos históricos como tales), que creo que ya sabemos, de algún modo, qué son los Estudios Culturales; y que "definirlos" significa dejar de lado lo que no son, quitando toda la arcilla innecesaria de la figura que estamos tratando de esculpir, trazando sus límites según lo que nos indica el instinto y nuestro impulso visceral, tratando de identificar lo que *no* son los Estudios Culturales de un modo tan exhaustivo que, a fin de cuentas, habremos logrado lo que buscábamos, por más que nunca obtengamos una "definición" positiva.

Sean lo que sean, los Estudios Culturales emergieron como resultado de la insatisfacción producida por las otras disciplinas, no solo debido a sus contenidos, sino a los límites que imponían por el hecho mismo de ser disciplinas diferentes. Los Estudios Culturales, en ese sentido, son pos-disciplinarios. No obstante, a pesar de ello, o por eso mismo, una de las maneras esenciales en las que los Estudios

Culturales siguen autodefiniéndose se basa en su relación con las disciplinas ya establecidas. Por ende, tal vez sea apropiado empezar con las quejas de nuestros aliados en esas disciplinas, que acusan a los incipientes Estudios Culturales de ignorar objetivos, según ellos, fundamentales. Luego nos ocuparemos, en otras ocho secciones, de los grupos, el marxismo, el concepto de articulación, la cultura y la libido, el papel de los intelectuales, el populismo, la geopolítica y, por último, la utopía.

¡Esa no es mi área!

Los historiadores se muestran particularmente perplejos ante la relación, en cierto sentido imposible de determinar, entre los representantes de los Estudios Culturales y el material de archivo. Catherine Hall, autora de uno de los textos más sustanciales de este volumen -un estudio sobre la mediación ideológica de los misionarios ingleses en Jamaica-, además de observar que “si la historia cultural no forma parte de los estudios culturales, creo que nos enfrentamos a un serio problema” (272), afirma que “la interacción entre la historia *mainstream* y los estudios culturales en Inglaterra ha sido extremadamente limitada” (271). Por supuesto, es posible que eso sea tanto un problema de la historia *mainstream* como de los estudios culturales; pero Carolyn Steedman luego examina el asunto con mayor atención, sugiriendo algunas diferencias metodológicas básicas. Por ejemplo, el contraste entre la investigación colectiva y la individual: “La práctica grupal es colectiva; la investigación de archivo la realiza el historiador solitario, que forma parte de una práctica no democrática. La investigación de archivo es onerosa, tanto en términos de tiempo como de dinero, y no es factible que la emprenda un grupo entero de personas, en cualquier caso” (618). Sin embargo, cuando trata de formular de una manera más positiva lo que distingue del resto al enfoque aplicado en los Estudios Culturales, Steedman termina señalando que se trata de un enfoque “basado en el texto”. En esta área se examinan textos de fácil acceso; el historiador archivista, en cambio, tiene que reconstruir su material laboriosamente, a partir de sín-

tomas y fragmentos. Es interesante que la autora indique en su análisis que la causa determinante del surgimiento del método "basado en el texto" pueda haber sido institucional y, más específicamente, educativa: "¿El 'concepto de cultura' que usan los historiadores [...] se habrá inventado en realidad entre 1955 y 1975, en las escuelas? En Inglaterra, no tenemos una historia social y cultural de la educación que nos permita plantear esta pregunta" (619-620). Por otro lado, Steedman no dice qué disciplina debería encargarse de investigar esta cuestión.

También es sugestivo que la autora mencione a Burckhardt como precursor de esta nueva área (nadie más lo hace), y que se ocupe brevemente del neohistoricismo, cuya ausencia en este libro, dicho sea de paso, es muy significativa (la única excepción la brinda Peter Stallybrass, cuando asegura no tener nada que ver con este movimiento rival). Pues, sin duda, el neohistoricismo básicamente compite con los Estudios Culturales, y desde cualquier punto de vista histórico los dos movimientos constituyen síntomas parecidos, en tanto ambos intentan lidiar de forma analítica con la nueva textualidad del mundo (además de presentarse por igual como sucesores discretos y respetables del marxismo). Podría argüirse, claro, que los Estudios Culturales están demasiado ocupados con el presente, y que sería injusto pretender que se ocupen y hablen de todo; además, supongo que aún hay resabios de esa oposición, más tradicional, entre quienes estudian la cultura popular o de masas, por un lado, y el enfoque tendenciosamente retrospectivo de los críticos literarios (incluso cuando las obras canonizadas son "modernas" y relativamente recientes), por el otro. Pero los textos más sustanciosos de este libro - entre los cuales figuran, aparte del ensayo de Catherine

Hall, el estudio de Lata Mani sobre la quema de viudas, el ensayo de Janice Radway sobre el Book-of-the-Month Club ², la investigación de Peter Stallybrass sobre el surgimiento de Shakespeare como *auteur*, y la descripción que Anna Szemere ofrece de la retórica de la revolución húngara de 1956- son históricos, en el sentido archivista del término, y la verdad es que tienden a contrastar de un modo chocante con el resto de las ponencias incluidas. Deberían ser bienvenidos. ¿Por qué, entonces, cuajan tan mal?

La sociología es otra disciplina aliada. De hecho, está tan cerca de los Estudios Culturales que traducirla en los términos utilizados en esta área y viceversa parece, en el mejor de los casos, difícil, si no imposible (lo mismo observó alguna vez Kafka sobre la cercanía entre el alemán y el yiddish). ¿Pero acaso Raymond Williams no sugirió en 1981 que “lo que ahora a menudo se denomina ‘estudios culturales’ [puede entenderse mejor si lo consideramos] como una manera de abordar cuestiones sociológicas generales, más que [...] un área aparte o especializada” (citado en la p. 223)? De todos modos, esta relación interdisciplinar parece ser análoga en algunos aspectos a la que existe con la historia: trabajo “basado en el texto” por un lado, “investigación” profesional o profesionalizada por el otro. Simon Frith presenta al respecto una queja lo suficientemente emblemática como para citarla en su totalidad:

Ahora bien, lo que vengo explicando constituye una manera de abordar la música popular que, en términos británicos, no proviene de los estudios culturales, sino de la antropología social y la sociología (y podría citar otros ejemplos, como el trabajo de Mavis Bayton [publicado en 1990] sobre el modo en que las mujeres se convirtieron en músicas de rock). Una de las ra-

zones por la cual considero que se trata de una obra importante es que se concentra en un área y un tema que ha sido ignorado sistemática (y notablemente) por los estudios culturales: la lógica de la producción cultural en sí; dónde se ubican y cómo piensan los productores culturales. Pero lo que me interesa aquí (y este es el motivo por el cual este texto va a seguir una narrativa del todo diferente) es otra cosa: en comparación con la escritura caprichosa, impresionista, imaginativa, exuberante y pop de un académico del área de estudios culturales (digamos, Iain Chambers), la obstinada atención a los detalles y la precisión es, como Dick Hebdige alguna vez comentó sobre mi enfoque sociológico al contrastarlo con el de Chambers, bastante aburrida (178).

Janet Wolff ofrece razones más fundamentales para explicar esta tensión: "El problema es que la sociología *mainstream*, tan segura de sí misma, es indiferente -cuando no directamente hostil- a los desarrollos en la teoría, e incapaz de reconocer el papel constitutivo que desempeña la cultura y la representación en las relaciones sociales" (710). No obstante, el sentimiento es mutuo: "La teoría posestructuralista y la teoría del discurso, al demostrar la naturaleza discursiva de lo social, funcionan como excusa para *negar lo social*" (711). Con mucho tino, Wolff recomienda una coordinación entre ambas ("un enfoque que integre el análisis textual con la investigación sociológica de las instituciones de producción cultural y de aquellos procesos y relaciones sociales y políticos en los cuales tiene lugar dicha producción" [713]); pero esto no soluciona la incomodidad aún palpable en presencia de la bestia. Esta incomodidad tampoco se ve mitigada cuando Cornel West comenta que la ventaja principal de los estudios culturales es aquel viejo

rótulo, su carácter "interdisciplinar" ("los estudios culturales se convierten en una de las rúbricas utilizadas para justificar lo que yo creo que es un desarrollo muy saludable, a saber, los estudios interdisciplinarios en las facultades y universidades" [698]). Este término atraviesa varias generaciones de programas de reforma académica, cuya historia necesita ser escrita y luego reinscripta para que funcione como una especie de advertencia (prácticamente por definición siempre es un fracaso); pero uno siente que siguen realizándose esfuerzos "interdisciplinarios" porque todas las disciplinas específicas reprimen rasgos cruciales, pero siempre distintos en cada una, del objeto de estudio que deberían compartir. La idea era que los Estudios Culturales fueran más allá que la mayoría de esos programas de reformas y finalmente dieran nombre al objeto ausente, así que ahora no podemos resignarnos a la vaguedad estratégica de esa vieja fórmula.

Quizá el nombre que se necesita es "comunicación". Solo los programas de Comunicación son lo suficientemente recientes como para superponerse en muchos aspectos (incluido el personal académico) con este nuevo emprendimiento, siendo la tecnología comunicacional el único atributo o rasgo característico que marca una separación entre ambas disciplinas (en cierto modo similar a la que existe entre cuerpo y alma, o letra y espíritu, o máquina y fantasma). Recién empezamos a ver con mayor claridad los Estudios Culturales, y su relación con los programas de Comunicación, cuando una perspectiva específica unifica los varios elementos que componen el estudio de las comunicaciones. Así sucede, por ejemplo, cuando Jody Berland evoca los rasgos distintivos de la teoría canadiense de la comunicación: no se trata de un mero homenaje a McLuhan, su tradición y sus precursores, sino que ella la presenta en su

ponencia según su encarnación contemporánea, como una nueva teoría de la ideología del "entretenimiento". Pero también explica por qué la teoría canadiense no puede más que diferenciarse de aquella a la que Berland llama, eufemísticamente, "la investigación comunicacional *mains-tream*" (43); es decir, la teoría estadounidense de la comunicación. Pues es evidente que la situación de Canadá, ubicada bajo la sombra del imperio mediático de los Estados Unidos, le otorga a nuestros vecinos cierto privilegio epistemológico y, en particular, la posibilidad única de combinar el análisis de los espacios con el análisis más tradicional de los medios en sí:

El concepto de "tecnología cultural" nos ayuda a comprender este proceso. Al formar parte de una producción espacial a la vez determinante y problemática, y al estar moldeadas por prácticas tanto disciplinares como antidisciplinares, las tecnologías culturales abarcan simultáneamente los discursos articulados de la profesionalización, la territorialidad y la diversión. Estas son las tres facetas tridimensionales necesarias del análisis de cualquier cultura popular producida bajo la sombra del imperialismo estadounidense. Al ubicar sus "audiencias" en un espectro cada vez más amplio y diverso de disposiciones, lugares y contextos, las tecnologías culturales contemporáneas potencian y legitiman su propia expansión espacial y discursiva. Esta es otra manera de decir que la producción de textos no puede concebirse por fuera de la producción de espacios. Si uno concibe o no la expansión de dichos espacios como una forma de colonialismo, es algo que aún está por verse. Sin embargo, la cuestión es clave para llegar a una comprensión del entretenimiento que ubique sus prácticas en términos espaciales (42).

Lo que Berland deja muy en claro es que la situación de la teoría (o del teórico, o de la disciplina) ahora necesariamente implica una dialéctica:

Dado que la producción de sentido se ubica [según la teoría angloamericana de los medios] en las actividades e intervenciones de las audiencias, es cada vez más común que la topografía del consumo sea identificada con el mapa de lo social (y, por ende, que se la expanda para sustituirlo). Esto reproduce en la teoría lo que ocurre en la práctica (42).

El hecho de introducir de manera dramática una dimensión geopolítica en el debate, y de identificar cierta teoría cultural y comunicacional como canadiense, en marcada oposición con una perspectiva hegemónica angloamericana (la cual da por sentada su propio carácter universal, porque se origina en el centro y supone innecesario explicitar su nacionalidad), desplaza de un modo radical los temas de este congreso y sus consecuencias, como veremos en detalle más adelante.

Por otro lado, no termina de entenderse qué tipo de relación con el área emergente de los Estudios Culturales se está proponiendo que establezcamos aquí. La lógica de la fantasía grupal o colectiva siempre es alegórica³. Esta puede implicar una suerte de alianza, como cuando los sindicatos proponen trabajar en conjunto con algún movimiento negro, o puede parecerse más a un tratado internacional de algún tipo, como la OTAN o la nueva zona de libre comercio. Sin embargo, cabe suponer que la "teoría canadiense de la comunicación" no tiene intenciones de subsumir del todo su propia identidad al movimiento angloamericano, que es mucho más amplio; de igual modo,

no puede universalizar su propio programa y pedir que el "centro" respalde de manera incondicional lo que necesariamente es una perspectiva situada en un lugar puntual, "dependiente" o "semiperiférica". Supongo que la sensación que nos deja esto es que, en cierto punto, el análisis en cuestión puede transcodificarse o incluso traducirse; que, en ciertas coyunturas estratégicas, un análisis determinado puede leerse o bien como un ejemplo de la perspectiva de los Estudios Culturales, o bien como un ejemplo de todo lo que es distintivo y característico de la teoría canadiense de la comunicación. Cada perspectiva, entonces, comparte un mismo objeto (en una coyuntura específica) sin perder su propia idiosincrasia u originalidad (cómo nombrar o, mejor aún, describir esta superposición sería un nuevo tipo de problema causado exclusivamente por la "Teoría de Estudios Culturales").

Nada ejemplifica mejor esta superposición de perspectivas disciplinares que los varios íconos que se invocan a lo largo de esas páginas: por ejemplo, prácticamente todos citan en vano el nombre del difunto Raymond Williams, apelando a su figura para respaldar moralmente una gran cantidad de pecados (o virtudes)⁴. Pero el texto que resurge en repetidas ocasiones como fetiche es sin duda un libro cuyos múltiples marcos teóricos genéricos ilustran el problema del cual venimos hablando aquí. Me refiero al estudio de la cultura juvenil inglesa de Paul Willis (quien, dicho sea de paso, no estuvo presente en el congreso) titulado *Aprendiendo a trabajar* (1977). Este libro puede pensarse como un clásico de una nueva sociología de la cultura, o como un texto precursor de la escuela de Birmingham "original" (de lo que hablaré más en detalle luego), o incluso como una especie de etnología, un eje que ahora nos pare-

ce evidente y que atraviesa tanto el terreno tradicional de la antropología como el nuevo terreno reclamado por los Estudios Culturales.

Aquí, empero, lo que enriquece la “problemática” interdisciplinar es el hecho ineludible (que también puede ser válido para otras disciplinas, donde tal vez se lo ignore igualmente) de que, si los Estudios Culturales son un paradigma emergente, entonces la antropología misma, lejos de ser un paradigma “tradicional”, también se encuentra en plena metamorfosis y en medio de una transformación metodológica y textual (como parece indicar en este libro la presencia del nombre de James Clifford en la lista de quienes realizan Estudios Culturales). La palabra “antropología” ahora designa una nueva clase de etnología, una antropología textual o interpretativa, que guarda cierto parecido con el neohistoricismo -como si fueran parientes lejanos- y que uno encuentra ya totalmente desarrollada en la obra de Clifford, así como en la de George Marcus y Michael Fischer (sin dejar de reconocer los ejemplos de precursores como Geertz, Turner et al.). Andrew Ross evoca luego la “descripción densa” en su trabajo pionero sobre la cultura new age, “el estudio ‘etnográfico’ más exhaustivo o profundo de las comunidades culturales, que ha producido uno de los desarrollos más emocionantes de los estudios culturales recientes” (537); mientras que la misma retórica de la densidad, textura e inmanencia se ve justificada por un pasaje memorable de John Fiske, que tiene el mérito adicional de sacar a relucir algunas de las consecuencias prácticas del debate (que distan mucho de reducirse al mero intercambio agresivo de reclamos y reconvenciones entre distintas disciplinas):